mana es algo mucho más importante que las opiniones de un Salado Alvarez, de un Puga y Acal y de un Guisa y Acevedo, pequeña falange de cierto colega diario que aun quisiera ver los quemaderos en actividad en nuestro desgraciado México. La verdadera inteligencia, la que se limita a comprender todas las cosas (¡pequeña limitación!), no puede decidir jamás en materia de causas finales; se contrae a distribuir y calcular, a juzgar por el dato que cae bajo su experiencia, pero no puede «crear» nada. La creación es una fuerza ajena a la inteligencia, cuyo papel es crítico; tiene su resorte intimo en la intuición, en el arrebato producido por estados de ánimo más que por las facultades revisoras. De suerte que los intelectuales puros, los críticos y los contempladores, no «crean» en el riguroso sentido de la palabra. ¿Quiénes crean, entonces?

Las masas, los pueblos. De ellos ha salido siempre el arte expresivo, sea música, pintura o escultura. Pero su creación va mucho más allá: el pueblo «se sacrifica» por su obra y por eso la vive. Con su sangre y sus huesos se ha cimentado la civilización, y es de su aliento brutal y áspero de donde surgen la tragedia social y la comedia «intelectual».

Los verdaderos intelectuales, surgidos a la vida crítica por la madurez y el dolor, evolucionan siempre paralelamente a su siglo; no se envaran en tesis anacrónicas por hermosas que sean, ni ponen a San Pedro sobre Cristo. En una palabra, el verdadero intelectual es el que reconoce que no sabe nada y que todo su destino ESTA EN COMPRENDER. Comprender es simpatizar y ayudar; contribuir a mejorar la obra del impulso eliminando del alma los odios cavernarios y las incomprensiones de calabozo de la fe antigua.

En México tenemos una casta pseudo-intelectual peligrosa, hija directa del desvario místico-político español, tan fecundo en desgracias. Toda ella ha servido a los tiranos y a las ELITES, es decir, a los círculos oligarcas que se han divorciado del pueblo para esterilizarse en un narcisismo pedante y huero. Sus ideas respecto de los problemas sociales no van más allá de las dictadas por el credo católico, tan ducho en argucias y crimenes de toda especie. Si «despulgamos» en el cuero genealógico de cada uno de ellos, es posible que de abuelos arriba les halláramos el barro primitivo del indio analfabeto; pero actualmente se han «refinado»: ahora son «señores». Pero estos especimenes son «incurables», inadaptables y vegetan en la sombra, en acecho de una oportunidad para volver al poder público.

Mas lo doloroso no es eso; estos enfermos viven, al fin y al cabo, su vida. Lo amargo y desconsolador es que muchos de nuestros revolucionarios son también, a estas horas, «señores», es decir, amos de un pa-

## la latalla

## de las ideas

trimonio «intelectual» que les da el derecho de apostasía de los principios avanzados. Han llegado a las formas intelectuales por asalto, y ya actualmente no se les distingue de la casta amorfa de los «señoritos» de pluma. La revolución, para ellos, no fue un principio: fue una escala. Ahora, aburguesados y tranquilos, cuidan su rebaño de pesos diarios con acucioso sigilo y «la van pasando».

Por último, queda la casta revolucionaria verdadera, la única que ha conservado el principio de la rebeldía consciente y desolada. Pero no se cultivan. Tienen brazos, pero no están seguros de tener cabeza. Por eso lo resuelven todo «mostrando el macho», asustando con la vaina vacía. Si éstos fuesen tan estudiosos como sinceros son, podrían servirse de los principios intelectuales para combatir todo ese degenerado grupillo de ignorantes y fracasados y dominar definitivamente por el peso de su personalidad social.

La inteligencia, como la serpiente que se muerde la cola en el simbolismo egipcio, vive devorándose a sí misma, y se alimenta de su substancia como las viboras encerradas. Con la propia tesis de un reaccionario puede construirse una tesis adversa, totalmente diferente, sin incurrir en sofismas de ninguna especie. Esto lo vio Kant en sus «antinomias», en sus puntos de vista absolutos de la contradicción. A quienes propugnan por levantar de nuevo el agonizante poderío individualista de otras épocas, puede responderse, por ejemplo, que «está bien», y levantar el señorio del pueblo en vez del señorío de las clases.

Por desgracia, todo en nuestro querido México se resuelve en farsa. «En Tierra de Sangre y Broma» se llama un libro de Quevedo y Zubieta. Nosotros no hemos leído el libro, pero su título es un triunfo: un bautismo. Aquí nos matamos riendo y a todo nos resolvemos, excepto a pensar.

LUIS CANDELAS.

## Los conservadores y la evolución

Las masas populares ignaras, que bien pudiéramos considerar francamente herederas
de las viejas ideas conservadoras, tanto por
lo que respecta a sus ideales políticos como
por lo que atañe a sus sentimientos religiosos,
son las que por un fenómeno de tradicionalismo clásico, no han podido entrar dentro del
orden de la evolución espiritual y material
modernas, no obstante los continuados impulsos que en ese sentido han procurado los directores de la cultura contemporánea.

En México, como en todos los países de pro-

gresiva, pero lenta transformación social, quedan numerosos residuos de antiguos sistemas doctrinarios que forman un círculo estrecho en donde viven y duermen, a la vez, seres cuya idiosincrasia específica consiste en una tenaz oposición a todo lo que en alguna forma se aparte de lo preceptuado, seguido y practicado por sus tatarabuelos, que en el orden interno, creían ver en sus actos anímicos sólo los dictados de la fe, y en el externo, la mano de la Divinidad, aun tratándose de una simple llovizna o de un ligero sacudimiento telúrico.

El ilustre Gabino Barreda, que en medio de tormentosas épocas de ansiedad política se mostró siempre partidario de los postulados liberales como base generadora de los gobiernos avanzados, estableció en la enseñanza el sistema comtiano, dando en esa forma cuerpo a uno de los ideales más nobles de la evolución filosófica; pero por lo que se refiere a la influencia que dicho sistema ejerció en el conglomerado general del país, puede decirse que su radio de acción abarcó tan corto espacio, que sólo fue privativo de una pequañísima parte de la sociedad, representada por intelectuales de altas y nobles energías. En cambio, la escuela primaria, la escuela de todos, como le llamó un eminente educador, continuó siendo la escuela retrógrada, conservadora unilateral, la del silabario de San Miguel y el Catecismo de Ripalda, dos abravaderos de aguas estancadas y cenagosas que transformaban en asnos metafísicos a los indígenas despabilados y en monagos de iglesia parroquial a los chicuelos traviesos de las barriadas populosas.

La obra de Barreda no ejerció, pues, una influencia decisiva en los principios comunes, en las costumbres retardatarias, en el pesado obscurantismo con que la Iglesia Católica embrutecia a los campesinos, a los obreros, a la clase media trabajadora y hasta a los burócratas sedentarios, quienes, como se cuenta de un viejo empleado del Ministerio de Hacienda, antes de dirigirse a sus labores cotidianas dedicaba media hora a las deprecaciones, dirigidas casi siempre a San Benito de Palermo, abogado de hechos imposibles e intercesor constante en menesteres de poca monta.

El largo gobierno del general Díaz, que por la riqueza material que lo caracterizó, bien pudo dar un impulso decisivo a mejores sistemas de orientación práctica en el sentido de un progreso determinado, se abstuvo, no obstante los juiciosos empeños de don Justo Sierra, de hacer tal cosa; porque para sus fines políticos, la pasividad borreguil de los ciudadanos, era factor indispensable en sus continuadas reelecciones; tener dormido el sentimiento público y amordazada la conciencia cívica fue la norma de sus actos primarios, el lazo de seda que apretaba la garganta de los hombres empeñados en educar a las multitudes y abrirles nuevos caminos de franco movimiento hacia el progreso de las ideas libres y resueltas.

Estos sedimentos pesados, obscuros, gelatinosos, son los que hacen lento, difícil y trabajoso el proceso de la evolución. El gobierno
progresista del general Calles así lo ha comprendido, y por eso ha multiplicado sus esfuerzos, desarrollado sus energías, ampliado
el radio de acción de sus tendencias en un
intenso mejoramiento de sistemas; ya abriendo escuelas en todo el territorio nacional, ya
trazando caminos, ora elevando el nivel intelectual y moral del indígena, ora convirtiendo
en realidad lo que años atrás era considerado
como utópico e innecesario.

Naturalmente que a la acción se ha opuesto, por parte de los conservadores y de los fanáticos, la muralla del estancamiento, el bloque carcomido de las ideas jesuíticas y tortuosas; pero, a pesar de estos diques, las aguas
claras todo lo arrollarán, y pronto, aun esos
mismos opositores sistemáticos, acabarán por
convencerse de que los fenómenos de la evolución en el orden maravilloso del espíritu,
ni padecen de pigricia, ni tienen, como los
pensamientos de los curas, un radio más pequeño que el que abarca una cabeza de alfiler.

Los pueblos, de acuerdo con los adelantos científicos y filosóficos de la humanidad, van relegando los dictados de la fe únicamente al interior de la conciencia individual, y pretender mezclarla en todos los órdenes de la vida es querer transformar en océano el reducido perimetro de un lago silencioso.

## Las enseñanzas del fascismo

Los «fascistas» lograron implantar su régimen acomodaticio en Italia porque los revolucionarios de todos los matices fueron incapaces de realizar, en la práctica, los ideales avanzados que nos son caros.

Las masas obreras italianas estaban incapacitadas para hacer una realidad de las reorías que sustentaban sus «líderes».

Cuando visité Turín, hace dos años largos, el comisario prefecticio, que era el conde da Vita, me explicó el proceso del fascismo con estas palabras:

«Los obreros torinenses fueron aquí,

como en otros centros industriales de la península, dueños y señores de la situación. El pueblo estaba desilusionado de la guerra y de sus resultados. Las teorías socialistas encontraron campo propicio para desarrollarse; pero los obreros;no estaban capacitados para llevar adelante su obra. Las fábricas se convirtieron en fortalezas, los facciosos paseaban sobre las azoteas y tejados con el arma al hombro; había ametralladoras obreras en las puertas de las grandes empresas industriales; las comunicaciones se cortaron; el ejército guardaba una actitud expectante; los burgueses emigraban en masa... Pero cuando el reino esperaba la proclamación de un nuevo régimen, cuando el pueblo creyó que había llegado la hora de tomar las riendas del poder y la dirección de los asuntos públicos, NADIE APARE-CIO CON LA CAPACIDAD NECE-SARIA para llevar a cabo esas reformas. Fue entonces que la necesidad innovadora del pueblo italiano halló un derivativo en el fascismo. Mussolini fue un revolucionario antes de ser el jefe de los actuales dueños de Italia. Su evolución fue el resultado de una desilusión. Lo que no fueron capaces de hacer los revolucionarios socialistas, lo hizo él, apoyándose en la otra fuerza: el capital. Su internacionalismo se transformó en patriotismo exacerbado, obedeciendo al momento histórico del mundo, y, con energía y tesón, logró hacer lo que no lograron los otros.>

Yo fui actor en la revolución de Barcelona, que costara la vida al gran Francisco Ferrer; de esas heroicas como estériles jornadas guardo una bala monárquica en el brazo derecho y una condena a muerte sobre mi cabeza. También esa vez los obreros barceloneses conquistaron la ciudad condal, contra el ejército del sanguinario general Wéiler, contra las luchas del clero armado, contra los somatenes reaccionarios... Siete días duró la lucha, a tontas y a locas, a la <que dios es grande>... Y a los siete días, sin saber qué devorar aún, se apagó sola la hoguera revolucionaria. Todos esperaban al jefe, y como el jefe no apareció, la revolución española fue un motin destructor, sangriento y contraproducente. Nadie fue capaz de improvisarse JEFE, nadie fue capaz de orientar o encurzar la ola revolucionaria. Ese fracaso barcelonés fue lo que hizo posible la instalación del «fascismo» de Primo de Rivera.

¿Qué pasó en Hungría? ¿Qué pasó en Austria? ¿Qué pasó en Bulgaria?

Lo mismo que pasó en Italia y España: la falta de preparación por parte del proletariado, la incapacidad directriz de los líderes, la imposibilidad en que estaban los doctrinarios para convertirse en políticos.

Por esta razón una época de prepa-